

# EL MORAL DE LA VICTORIA.

UN ARTÍCULO DE  
RAFAEL DE VIDA

Y PEQUEÑAS ADICIONES

POR

EL M. DE C.

---

---

*Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.*

---

---

R. 20574

CÓRDOBA: 1884.

Establecimiento tipográfico «La Actividad»

*Liceo, 41.*

R-1490



**ES PROPIEDAD.**

---

Para la reproducción del escrito del señor Vida  
concedió el oportuno permiso la heredera del  
Autor.



## EL MORAL DE LA VICTORIA.

---

Allá por los años 1869 y 1870, publicabase en Córdoba *La Tradición*, revista católica, cuyos redactores los señores González Francés, canónigo magistral, y Conde Luque, profesor de la Universidad de Madrid, merecieron la cooperación mas activa de parte de muchos prelados ilustres, sabios eminentes y literatos de gran fama, dentro y fuera de las provincias andaluzas.

Merced á los desinteresados esfuerzos de unos y otros, la colección de aquellas páginas semanales encierra rico caudal de doctrina, oportunas y bellísimas composiciones poéticas, leyendas y narraciones no desprovistas de interesante verdad, y agradable miscelánea de noticias concernientes al movimiento religioso en todo el mundo cristiano.

Hay entre las leyendas una que, firmada por el malogrado Rafael de Vida—escritor distinguidísi-



mo, siempre amante de los triunfos de la Iglesia y lleno siempre de entusiasmo por nuestras glorias nacionales,—lleva como título EL MORAL DE LA VICTORIA.

La lectura de ese precioso artículo excitó entonces en muchos curiosidad por conocer el árbol á que se referia: en algunos despertóse grande interés por contribuir, en lo posible, á la conservación y mejoramiento del maravilloso MORAL ecijano.

Y andando los tiempos, y creciendo el ensanche que la imprenta alcanzó en la edad presente, la buena y noble ciudad de Ecija llegó á tener periódicos propios, esto es, redactados por hombres de letras, lustre y honor de aquella su esclarecida patria; y la prensa local, reproduciendo el notable escrito del ilustrado colaborador de la Revista cordobesa, hizo avivarse en tan religioso vecindario la antigua veneración de sus padres hacia el árbol milagroso del ex-convento de San Francisco de Paula.

Y hoy es allí conocido por grandes y pequeños el MORAL DE LA VICTORIA; cuando no hace cuatro lustros apenas se fijaban en él los mismos guardas del santo templo, del cual es colindante el patio donde Fr. Martin enterró el bastón de San Francisco.

¡Venturosa idea la del literato Sr. Vida, que sirvió para resucitar olvidadas tradiciones!



Perpetuar aquella hermosísima narración, poniéndola en las manos de todos los que, en la católica Ecija, buscan con afán las verdes hojas del báculo del Santo fundador de los Mínimos, es el propósito nuestro al dar en forma de opúsculo el artículo de *La Tradición* sobre el MORAL DE LA VICTORIA.

Datos posteriores, que confirman la oportunidad y el valor de aquel importante trabajo, y dán testimonio del respeto y afición con que un pueblo pío y culto atiende hoy á la fé heredada de nobles ascendientes, servirán como de segunda parte á la leyenda del difunto Rafael de Vida.

¡Lástima grande que tan bién cortada pluma cayera de sus manos cuando tan excelentes producciones podían de élla esperar, en justa alabanza y brillante apología, las bellezas todas del Catolicismo.....!









---

## I.

# EL ARTÍCULO.

---

### TRADICIÓN ECIJANA.

«Una tarde de la primavera de 1629 dos religiosos, de San Francisco de Paula el uno, y de la Compañía de Jesús el otro, departían amigablemente en uno de los bancos de piedra que rodeaban un moral frondoso, que descollaba entre todos los demás árboles de la huerta del Convento de la Victoria de Ecija. El Mínimo era el P. Juan de Morales, cronista de su orden; el Jesuita, el sabio escritor y anticuario insigne, Fray Martín de Roa.

—Pero esa narración que vais á empezar, decia el P. Roa, se apoya en algun documento de vuestro archivo?

—No tiene mas apoyo, replicó Fr. Juan, que la tradición, no solo del Convento, sino de la ciudad entera, cuyos abuelos y aún muchos de los que hoy viven, fueron testigos del prodigioso brote del báculo del hermano Martín.

Ya sabeis, continuó, que después de los conven-



tos de Málaga y Andújar, este de Ntra. Sra. de la Victoria fué de los primeros que fundaron los discípulos de mi glorioso Patriarca, cuando este aún vivía en la corte de los Reyes de Francia, siendo el santo *Mínimo* el mas grande entre los grandes, por el amor y respeto con que lo distinguia el monarca.

Uno de los primeros habitantes de esta Santa Casa fué el hermano lego Fr. Martín del Marmolejo, corazón bondadoso y sencillo, de ardiente fé; un corazón de esos á quienes Diós, en premio de su sencillez y caridad, concede la plenitud de los tesoros de su gracia, y en remuneración de su fé muestra su omnipotencia.

Fr. Martín, entusiasmado con las relaciones que los PP. venidos de Francia hacian de la humildad y milagros de San Francisco de Paula, quiso conocer al glorioso fundador de su orden, y obtenido el permiso de sus superiores, sin tener en cuenta la distancia, el pobre lego caminó en su busca. Llegó á Tours, donde San Francisco de Paula, siempre humilde, estaba de conventual, mortificado en vez de complácido con las visitas y consideraciones con que lo distinguia el Rey Carlos VIII, que habia heredado con la corona el amor y el respeto que al *Mínimo* profesó Luis XI.

El Santo fundador escuchó enternecido al fraile español, que en su juventud habia sido soldado y



asistido á las gloriosas conquistas de Málaga y Granada; sus entusiastas relaciones, en que brillaba la ardiente fé que animando á reyes, capitanes y soldados habia producido tan heróicos hechos; y San Francisco lloró oyendo referir á Fr. Martín la toma de Málaga, donde sus frailes se habian posesionado, en nombre de la *Virgen de las Victorias*, para fundar el primer convento de su orden, del sitio donde Francisco Ramírez de Madrid estableció las baterías de la naciente artillería española, en el asedio de aquella ciudad: terreno concedido por el Rey Católico en gratitud á los prodigios que allí se efectuaron.

Con lágrimas de gozo oyó también la relación que Fray Martín le hizo de la fundación de esta Santa Casa, cuya Iglesia, como sabeis, ocupa el sitio donde el glorioso Apóstol San Pablo se apareció á Antón de Arjona: casa y huerta edificadas en el palacio y jardines que D. Francisco de Aguilar y Córdoba, *el Bizarro*, y Doña Elvira Ponce de León cedieron, y á cuya obra contribuyó toda esta ciudad siempre ferviente y piadosa; y como Fray Martín pidiese al santo Fundador algun objeto de su pertenencia, como recuerdo de su visita:

—Tomad, le dijo el Santo, este báculo en que mis muchos años se apoyan; servíos de él en vuestro viaje á España, y cuando llegueis á esa ciudad



de Ecija, que tan fervorosa y caritativa me pintais, plantadlo en uno de los patios de vuestro convento, que él brotará: y sin necesidad de riego, ínterin en Ecija haya fé, que es lo que necesitará para nutrirse, crecerá lozano, y sus frondosas ramas prestarán apacible sombra y seguro abrigo durante el ardor de las pasiones y las tormentas del corazón. Encargad á vuestros hermanos que sean humildes y caritativos y paguen el bién que Ecija les ha hecho, enseñando á los ecijanos con su ejemplo y predicándoles continuamente con su patrón San Pablo *Charitas non inflatur*, porque ¡ay de ellos! el día en que se seque el árbol que de este palo nazca: señal será de que su fé se ha entibiado y la vanidad ha sustituido á la caridad cristiana.

Fr. Martín, de Marmolejo volvió á su convento mas satisfecho con el bastón del Patriarca, que si hubiera traído consigo los tesoros de Creso: llegó á Ecija, enterró el báculo según San Francisco le ordenara, y en premio de su fé Dios permitió que del seco palo brotara ese árbol lozano que nos cobija con sus frondosas ramas. Y no paró ahí la misericordia del Señor: miradlo descogollado y sin corteza en todo cuanto la mano alcanza: pues bien; ¿sabéis la causa? las piadosas gentes de este barrio buscan y encuentran en él la panacea universal de todas sus dolencias, y no hay hora del día ni de la no-



che en que algún necesitado no venga á llamar á nuestra portería, para llevar á su casa la salud en forma de rama, de hoja ó de corteza de este santo árbol, que hace 122 años que según la expresión de San Francisco vive y se nutre con la fé de esta ciudad. Y la madre lo lleva para remedio del hijo enfermo; y la esposa como talismán que salve al esposo querido de los peligros de un viaje; y la doncella pudorosa pone sus hojas sobre el corazón como confortativo á su virtud; y el doncel que marcha á la guerra y lleva una crucecita de sus ramas, seguro vá de volver y de que Diós y su patria nunca se separarán de su memoria. Diós que ama á los corazones sencillos y no abandona á los que en él esperan; Diós que muestra su Omnipotencia no á los que le piden milagros, sino á los que le demandan misericordia, hace descender por este árbol rios de su bondad infinita; y el vegetal crece y eleva sus ramas en busca del trono del Eterno, como sube el humo del incienso que quema la gratitud del pueblo; y todo él se robustece en la atmósfera de fé que en esta ciudad se respira, ínterin extiende sus raíces buscando el jugo de la sangre de Florentina y de los infinitos mártires que regaron este privilegiado suelo.

\*  
\* \*

Hace cinco años, el verano de 1864, me encontraba en Ecija. Era un dia de agosto, no recuerdo



cual, en que el Jubileo de las 40 horas estaba en la Iglesia del suprimido convento de la Victoria. Multitud de pobres de todas edades sentados á la puerta del templo imploraban la caridad de los devotos; ninguno de ellos, ni jóvenes ni ancianos de todos á los que pregunté, supo darme razón de donde estaba el moral sagrado, cuya historia habia leído en las *obras del P. Roa* y en el *Epítome de la Religión de los Mínimos de Andalucía*.

Pregunté á los que entraban y salían en la iglesia, y el que más recordó haber oído ese *cuento* cuando chico y haber visto el árbol antes de la expulsión de los frailes; pero ninguno sabia si existia aún. Por fin, un anciano jornalero del campo, uno de esos inválidos del trabajo que, en su legítimo y santo orgullo de no haber debido nunca su pán más que al sudor de su frente y á las fuerzas de sus brazos, prefieren el hambre á tenerlo que pedir, se ofreció á guiarme al *Moral del Santo*.

Del convento de la Victoria no queda en pie mas que la iglesia: demolido, para vender los materiales quizás, no puede absolutamente formarse idea de la distribución del edificio; pero según parece, el tradicional moral debió estar en algun patio interior ó á la misma salida de la huerta. Era un dia de agosto, como he dicho, y el sol canicular lanzaba sus abrasadores rayos sobre aquellas ruinas, de-



jandose sentir como únicamente en Ecija se siente; y sin embargo de que la respiración faltaba al atravesar por sus escombros, yo sentí un frio glacial recorrer mi cuerpo cuando mi conductor me dijo: este es el árbol que buskais. ¡Cuántas ilusiones deshechas en un momento! ¡cuántas amargas reflexiones en un instante!

Cercado de un poyo de material, á la manera del brocal de un pozo, por la parte del que fué convento, y al nivel del terreno por el lado de la huerta, un moral descascarado, raquítico y enfermo, inclinaba hácia la tierra sus secas ramas, y más que el saludable anciano á quien sus 359 años llevaban á la tumba, parecia el adolescente á quien la tisis mata en otro clima de aquel en que nació. El cercadillo que lo rodeaba le habia parecido al colono de la huerta á propósito para pocilga, y dos cerdos sujetos con una cadena al árbol venerando, ensuciaban y removian la tierra de sus raices, que en otros dias habia labrado la esperanza y regado con sus lágrimas la gratitud.

—Seguramente, dije á mi guia, usted se ha equivocado; este árbol tan endeble no es posible que tenga cerca de cuatrocientos años.

—Es que se vá consumiendo, me contestó el labriego; porque según mi abuela contaba, á este moral lo hizo nacer la fé de un lego, la de este pue-



blo lo hizo crecer, y el día que en Ecija esa virtud faltara, lo veríamos secarse y morir: afortunadamente, añadió señalándome las ramas del centro que se elevaban como buscando el cielo, aún tiene bastantes hojas verdes.» . . . . .



«La conservacion de este moral—pone por nota el Sr. Vida—constituye un verdadero milagro; el abandono en que está no es de hoy, pues hace 200 años, poco después de haberlo visto el P. Roa, escribia un religioso de la orden lo siguiente: «Se hizo un poderoso árbol que duró muchos años. Cortáronlo por inadvertencia, y de las raices ha vuelto á salir otro, aunque está desmembrado y raquítico quizás por los escombros amontonados á su pié que casi llegan al nacimiento de sus ramas.» Es probable que el que hoy existe sea un segundo retoño del primitivo.

Reproducimos en *La Tradición* esta que entre todas las nuestras es la que nos merece mas afecto, á fin de que no se olvide, y ver si conseguimos que alguna de las personas piadosas que tan frecuentes són en la ciudad de Ecija, procure salvar *las hojas verdes* que restan del árbol venerando y que representan, segun nos decia el labriego, la fé de aquel gran pueblo.

¡Cuán felices nos hace el corazón sencillo! ¡Cuán desgraciados la filosofía orgullosa!»



---

## II.

# ADICIONES.

---

### ESTADO ACTUAL DEL ÁRBOL.

El laudable propósito del Sr. Vida al dar á luz la leyenda precedente tuvo un resultado pronto y completo, segun podia esperarse de la piedad nunca desmentida de aquella población siempre católica y por demás afecta á la Iglesia de la Victoria.

Es verdad, que mientras muchos, en Ecija, no sabian dar razón del Moral maravilloso y el abandono de reliquia tan santa prolongábase indefinidamente, con peligro quizás de que sus pobres hojas verdes llegaran á secarse y muriese el árbol, no se entibiaba la fé en la gran mayoría de aquel religioso pueblo, y una caridad, por la misericordia divina, potente y fecunda cerraba la puerta á vanidosos deleites y egoismos miserables en no pocas casas antiguas y nobles de aquella ilustre y culta población.

Conocia el pueblo, pues que jamás la olvidó, esa historia portentosa del báculo de San Francisco de



Paula; y admirábanse todos, teniendo motivo justo para extraordinaria sorpresa, de que el vetusto Moral, desamparado absolutamente y por fuertes elementos combatido, aún alcanzara alguna vida, siendo vencedor en lucha tan tenaz contra numerosos y unidos adversarios.

Los mas viejos recordaban que allá, á principios del siglo, durante la guerra de la Independencia, los sacrílegos soldados de Napoleón, el usurpador, hicieron suyo el Convento por derecho de conquista, destinando todo el local á una fábrica militar de pólvora: entonces se agrietaron las robustas paredes de aquel sólido edificio; las bóvedas y techumbres cayeron; fueron arrasados la huerta y los jardines; toda vegetación fué tronchada... pero el Moral sobrevivió á devastación tan general y funesta.

Viejos y jóvenes ecijanos no pueden olvidar á gentes de mal vivir y vagabundos sin nombre, que por largo espacio de tiempo allí se albergaron entre montones de ruinas: rebuscaban las podridas maderas para procurarse combustible, y no perdonaron las raíces enterradas en la antigua huerta, con tal de que no faltase el fuego reparador en las crudas noches del aterido invierno: ¡Jamás nadie tocó al santo *Moral* de la Victoria!

La mano del incrédulo alzóse varias veces para destrozarlo. ¿Quién podía atreverse á impedir que



el hacha empuñada por el brazo de la revolución desgajase ese árbol bendito, contra el cual sin cesar murmuraron los enemigos de los frailes, los indiferentes y los impios? Por rara maravilla todos respetaron el Moral.

Arruinado y hecho escombros el edificio; las tapias de la huerta destruidas; á la intemperie, sin abrigo, sin abono, sin labor alguna el caduco y desamparado vegetal; después de mil vicisitudes y salvando riesgos á millares, existe hoy el Moral de san Francisco de Paula tan lozano y tan frondoso como en el siglo diez y siete: siendo la esperanza de todo un pueblo que recuerda en él los muchos beneficios debidos al Señor, mediante la poderosa abogacia del gran Padre de los Mínimos.

\*  
\* \*

Hay en la buena ciudad de Ecija varias respetables familias, que á sus limpios timbres de preclara nobleza unieron indisolublemente, desde muy antiguo, el más acendrado catolicismo y la más religiosa piedad. La beneficencia y la limosna se practican frecuentemente en esas casas señoriales; y no es difícil sorprender, en tan importante población andaluza, marcadas muestras de respetuosa gratitud del pueblo y de la clase obrera hacia ilustres personas, que cuidan solícitas por el mayor esplendor del culto y extienden con largueza su mano para socorrer caritativamente al pobre desvalido.



¡Quién sabe si en tiempos tan aciagos se sirvió la Providencia de las más nobles familias ecijanas, á fin de que en silencio y aún sin darse cuenta del auxilio que le ofrecían, fuesen con su buen ejemplo el valladar misterioso que protegió el *Moral* de la Victoria!

Es lo cierto que no muy de tarde en tarde visitaban el árbol solitario algunas egregias señoras. El pueblo todo conocía una, éntre todas, mas amante y mas entusiasta de las tradiciones del santo *Moral*: se la veía casi diariamente paseando al rededor de las ruinas venerandas del Convento, y volver siempre hacia su casa sumida en profunda meditación, que todos adivinaban tener como único objeto el temor de que se destruyese aquel débil tronco, siempre en inminente peligro, y la imposibilidad de protegerlo, haciéndolo suyo propio, según su constante resolución; la cual apoyaba hasta cierto punto en ineludible deber de conciencia correspondiente á algún derecho legítimo, que creía debérsele en justicia.

Era la Excma. Sra. D.<sup>a</sup> Rosario Bernuy y Aguayo, marquesa Viuda de Peñaflor, que sosteniendo loables costumbres de sus mayores admiraba el *Moral* con veneración y veía, con el corazón partido por honda pena, ser infructuosas sus continuas gestiones para adquirir la seguridad de su conservación y cuidado.



El pueblo conocia esa devoción, y le fué sin duda simpático el dolor de tan virtuosa y noble dama.



Habia fundamentos razonables para reconocer en la casa de Peñafior ciertos títulos, que le acreditasen un derecho preferente á perpetuar las glorias adjuntas al Convento de san Francisco de Paula.

En 1506, el M. I. Sr. D. Francisco Aguilar de Córdoba y su mujer D.<sup>a</sup> Elvira Ponce de León, ascendientes de los actuales Marqueses de Peñafior, dieron terrenos en Ecija al P. Fr. Bernardino Acropulato para fundar en ella el Convento de la Victoria; en cuya Iglesia, hoy existente, y por tal motivo del patronato y propiedad de dicha casa, tienen los de Peñafior panteón familiar.

Pretender la reversión de aquellos terrenos cedidos á los frailes al fundarse el convento, ahora que la exclaustración habia quitado á los conventos sus bienes, á nadie debió parecer fuera de razón. Comprar la huerta y los accesorios, si era desoída aquella justa instancia, no se tenia en esa época como posible. Y era urgente la protección del *árbol* de san Francisco.

La Marquesa se hizo arrendataria de la huerta, y cuidó con esmero el santo Moral, que crecia en terrenos antes propios de su Casa.





Las censuras en que incurrian los compradores de bienes eclesiásticos, y á que quedan sujetos los que en toda ocasión y por cualquier medio toman las propiedades de la Iglesia sin la autorización del Romano Pontífice y condiciones canónicas por derecho establecidas; esos anatemas que menospreciaron, desgraciadamente para ellos, muchos ambiciosos con el fin de enriquecerse de pronto al amparo de la desamortización, constituían absoluta imposibilidad en la Marquesa de Peñaflor, íntegramente católica y netamente española, para hacer por compra suyo un terreno, que tanto anhelaba poseer.

Consultado el Emmo. Sr. Cardenal Romo, Arzobispo de Sevilla, sobre las circunstancias del caso, juzgó aquel Prelado sapientísimo que no cabía excepción alguna en la ley general.

Por esto arrendó la huerta tan virtuosa Señora, y seguía apenada en sus constantes temores: ¿Acaso no saldria un comprador para estos bienes de los frailes? ¿Sería duradero el arrendamiento?

Pero quiso Diós que así corriera el tiempo, sin que la situación y estado de aquel terreno variase.

Llegó la celebración del Concordato entre Su Santidad y el gobierno de España; hubo autorización competente y conmutaciones convenidas. Podía ya comprarse la tierra donde ostentaba todavía algunas verdes hojas el Moral maravilloso. Y la



Marquesa Viuda de Peñaflor hizo suya en pública subasta la huerta del Convento, y cercó en seguida el terreno para evitar que pudiera repetirse lo que ella misma habia presenciado antes de tomarlo en renta.

Ya de su propiedad el árbol deseado, y temiendo que tan grande y santo recuerdo de su protector san Francisco de Paula se perdiese, pues por la vejez y el abandono estaba casi muerto, siguiendo el consejo de personas peritas, las cuales opinaban que cortando el carcomido tronco renaceria de nuevo la planta, dispuso hacerlo así; y del corte brotó esbelta varita, que es ya hoy árbol hermoso, alto, lleno de verdor y lozania, con la frescura de la juventud y la manifestación potente de una larga y fecunda vida.

Centuria tras centuria, protegido por el favor del cielo, vencerá los rigores del tiempo y los fastuosos alardes del escepticismo humano.



De nuevo han acudido los ecijanos en busca de las hojas codiciadas del *Moral* de San Francisco de Paula.

Admira el afán con que las procuran los habitantes todos de la ciudad y de su vastísimo y bién poblado término.

Solo son comparables la solicitud, la confianza y la veneración de los hijos de aquel pueblo para el



árbol maravilloso de hoy, al cariño y fé que al árbol viejo consagraron los antiguos, los honrados padres de los siempre honrados ecijanos.

Es que el báculo de San Francisco de Paula «extiende aún sus raíces buscando el jugo de la sangre de Florentina y de los infinitos mártires que regaron ese privilegiado suelo.»

Y que—como el Sr. Vida deseó—una «persona piadosa, de las que tan frecuentes són en la ciudad de Ecija, salvó *las hojas verdes* del árbol venerando, que representa la fé de aquel gran pueblo....»

No abandonará la católica Ecija ese *Moral* glorioso á cuya sombra se sientan confiados los hijos de una ciudad noble y digna, admiradores de los grandes prodigios, y fieles custodios de reliquia tan preciada.



Rodeado hoy el Arbol de la Victoria con elegante verja de hierro para su mejor conservación, está la llave en las casas de la Sra. Marquesa Viuda de Peñafior, en aquella ciudad, donde se facilita á los numerosos fieles, que buscan hojas y fragmentos del *Moral* sagrado.



Del tronco cortado para que brotase el árbol nuevo, se formó una gran Cruz; la cual se venera en el oratorio que la Marquesa Viuda tiene en su casa-



habitación de Madrid. Además se hicieron crucecitas que aquella Señora reparte bondadosa para consuelo y alivio de las buenas almas.

También, y de lo más grueso del tronco, se ha tallado una imágen preciosa de san Francisco de Paula, con la notable circunstancia de que el variado y natural color de la madera ha correspondido con admirable exactitud al rostro, manos y hábito del Santo.

Honra este acabadísimo trabajo al insigne escultor D. José Alcovero—Caños, 5, Madrid;—como la obra de la Cruz á su artífice Juan Ortiz, vecino de la ciudad de Ecija.

Córdoba 19 de abril de 1884.

IMPRÍMASE.

*Sebastián*, OBISPO DE CÓRDOBA.